

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 21 de Enero de 1932

Núm. 456

El oficial moribundo y la religiosa que rogó por él diez y seis años seguidos

Aún el rogar a Dios por nuestro prójimo es una obra de misericordia, pues con tan bonísima práctica grande será el bien que alcanzaremos para nuestra alma y, a menudo, para la de aquellos por quienes rogamos. He aquí un ejemplo: Durante la guerra franco-prusiana (1870 1871), en la batalla de Gravelotte fué herido un oficial alemán, y se le instaló en un hospital de Francia, en el que las Hermanas de la Misericordia cuidaban a los heridos, en donde era atendido por aquéllas con evangélica solicitud. El médico manifestó al herido, con harta claridad, que si Dios no obraba un milagro, perecería de aquellas heridas. Una de las Hermanas que le cuidaban, una alemana por cierto, preguntó entonces al herido si no creía conveniente mandar llamar a un religioso. Contestó el enfermo que ni por pienso, pues si bien él era de una familia católica, siempre tuvo todas estas cosas por mojigaterías de mujeres. A lo que respondió la Hermana: «Pensad que no me he de cansar en rogar a Dios, hasta tanto que El sea servido disponer que, al calor de la gracia, se funda esta corteza de hielo que aprisiona vuestro corazón». A estas razones repuso el herido: «Intento vano el vuestro; si no fuera por mi muerte, que creo próxima, mucho os fatigaríais antes de ver cumplidos vuestros deseos». A semejantes razones añadió la religiosa: «No olvidéis que en tales empresas tengo algo de porfiada: hace ya más de diez y seis años que vengo rezando para que Dios mueva el corazón de un desdichado, y no desmayo aún, ni desfallezco». Y el oficial: «¿Diez y seis años? No es cosa de poca importancia; a buen seguro que este desdichado debe ser persona muy cercana a vos, vuestro padre quizá, o vuestro hermano». A esta razón repuso la hermana: «No es una cosa ni otra, que no le ví en la vida. Mi madre sirve a una condesa en Alemania desde hace ya más de treinta años; diez y seis años atrás, solicitó aquella señora de mi madre que me encomendase el rezar cada día a Dios para la conversión de un hijo de la condesa que andaba por sendas extraviadas, pues el más ardiente anhelo de la noble señora, piadosísima y muy dada a las cosas de Dios, era de verle nuevamente en el seno de la fe. Mi oración cotidiana desde entonces se ha encaminado a Dios pidiéndole esta gracia. Por cierto que no ha mucho recibí carta de la condesa, anunciándome que aquel hijo se hallaba en la guerra». Con semblante de grande sorpresa dijo entonces el oficial: «Apostaría cualquier cosa que vuestra madre se llama Beata». Y la Hermana: «Dios sea alabado, es verdaderamente así, ¿sois acaso el conde Carlos?». Y respondió el militar con voz temblorosa: «Lo soy, y cuando parí de casa y mi madre me amonestó para que cambiase de vida, como tenía costumbre de hacerlo de cuando en

cuando, me ref de sus buenos consejos como a cínico, y desvergonzado que era; pero ahora, ya veis, siento mis ojos arrasados en lágrimas y lloro como un niño». El oficial reconoció en aquel suceso tan inesperado la Providencia de Dios que le «condujo como por la mano hasta dar con su desconocida bienhechora, y abiertos sus ojos a la verdadera luz, confesóse y comulgó muy devotamente como cumple en parecido trance a un cristiano. A pesar de los siniestros vaticinios del médico, sanó aquel militar de sus heridas, y fué en lo restante de su vida hombre muy de bien y piadoso. Cuando la condesa tuvo noticia del feliz suceso, dió gracias a Dios con toda su alma y guardó eterna gratitud a la Hermana de la Misericordia por cuya intercesión se salvara el hijo. Con sobrada razón nos dice el Apóstol Santiago: «Rogad los unos por los otros, y alcanzaréis bienandanzas sin cuento».



Mantón de lanita diagonal verde, con una cintura de dain verde. Cuello, cerrado con castor.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

Dada la frecuencia con que se utilizan, vamos a hablar hoy de los *lainages*, favoritos de toda mujer elegante y que verdaderamente ofrecen multitud de posibilidades para todos los estilos que se imaginen y para cuantas combinaciones se quieran intentar. Cuando se trata de hacer un traje de tarde y también de noche, la hechura es de día en día más complicada y femenina y en los trajes que se llevan, pueden observarse las modificaciones aportadas en la moda de la presente estación. En cambio, cuando se trata de trajes de mañana, la confección se muestra muy sencilla y se advierte el esfuerzo y el cuidado de evitar las complicaciones y el adorno exagerado, pues es preciso tener en cuenta que en la presente estación se suelen usar los *lainages* gruesos y por lo tanto conviene recargarlos. Con los *lainages* se llevan todavía las faldas rectas con *empiècement*, que rodea las caderas y

que generalmente continúa en forma de delantal abrochado por delante por medio de botones. A veces, cuando el *empiècement* es más corto, la falda se sujeta a él por medio de unas batas con botones; en otros casos, y es la forma más nueva, el *empiècement* desciende hasta la rodilla, haciendo un movimiento redondeado más corto por un lado que por otro; un volante plano de pliegue redondo se sujeta al borde de este *empiècement* delantal, dando así la necesaria amplitud de la parte inferior. Y cuando el *empiècement*, es corto, se adorna con frecuencia por medio de nervaduras, respuntes, pequeños pliegues o bolsillos. El cuerpo tiene la misma sencillez que la falda. Algunos van abrochados con botones por delante y llevan un cuellicito caído, redondo o cuadrado, dispuesto de manera que no deje demasiado libre la *encolure*. Algunas veces el cuerpo sube hasta los hombros y en otras ocasiones dibuja un *empiècement*, que con frecuencia cubre la parte superior de los brazos. Cuando el cuerpo adopta la forma de blusa termina dentro de la falda y lo rodea un cinturón de *lainage*, de cuero o de piel. Este cuerpo tiene con frecuencia la forma de pequeño bolero, terminado por unas patas que se abrochan en la cintura mediante unos botones. A veces el movimiento del bolero es sencillamente figurado sobre el cuerpo, por medio de un volante que indica la circunferencia de aquél.

Las *encolures* de los trajes de *lainage* son poco *dega gées* y las más de las veces van provistas de un cuello. Algunos de estos trajes llevan una *encolure* con adornos de piel de pelo aplastado, cosa que da un carácter invernal muy acentuado. Las mangas de estos trajes de *lainage* continúan siendo sencillas; suelen llevarse largas y lisas, o bien van terminadas en la parte inferior por medio de un *froncilé* tomado en la costura y que da cierta amplitud a la parte inferior de la manga; pero esta amplitud es siempre discreta y jamás debe dar grueso. Con preferencia se emplean los *lainages* delgados.

Esto es cuanto puede decirse por el momento acerca del tema elegido para esta crónica. De todas maneras las notas apuntadas han de proporcionar numerosas ideas a nuestras lectoras que quieran hacerse algún traje de *lainage* convencidas de su utilidad y de la belleza de su aspecto, dada la maestría con que hoy se hacen esos tejidos, a los que se presta toda la fantasía y todo el buen gusto que antaño solamente se dedicaba a la seda, por ejemplo.



Vestido de noche de muselina azul, adornado con volantes, la cintura se cierra con un cabechón de stras.

En nuestra crónica próxima trataremos de los abrigos y de los trajes de terciopelo y de seda, pues en estas dos telas se hacen ahora preciosidades que toda mujer de buen tono tendrá interés en conocer. Especialmente se llevan unos trajes bellísimos de tafetán de seda con encajes antiguos, que las lectoras que posean algunos encajes de sus abuelas, podrán llevar con poco coste. En la semana próxima les hablaremos de eso.

A. D'ENERY



Pelerina y manchón, sobre un vestido de lanita negra, abotonado adelante.

EL PASTOR

Arropada en su niveo manto de armiño, immaculado velo de desposada, una choza reposa; fuera la nieve cae como un sudario de paz y rasgando el silencio del gris amanecer un grito pidiendo auxilio llega a los oídos del habitante de aquel islote de vida en la soledad de la montaña... Se levanta como movido de un resorte, a pesar de que es viejo, muy viejo, tal vez ni él mismo sabe la fecha en que nació, pero en el semblante surcado de arrugas brillan los negros diamantes de las pupilas como chispas de vida. Desafiando la tempestad sale al camino y, guiado por la voz que sigue pidiendo auxilio, cada vez más débilmente, llega a un lado del sendero donde encuentra rendido de cansancio a un caminante.

Tropezando, el uno por su vejez y el otro víctima de la fatiga, llegan al pobre albergue; y mientras le prodiga sus cuidados surge en la imaginación del anciano el recuerdo de una historia hecha luz de idealidad.

Habían pasado muchos años desde aquel arroyo, lleno de celajes de oro trisando las brumas en que oyo un gemido y, con la misma presanteza que ahora, se levantó dispuesto su generoso corazón a arrostrar el peligro para salvar a un semejante; pero entonces, el perdido viajero que halló cobijo en su cabaña confesó que era una mujer; vestía como un muchacho, pero sus lágrimas de gratitud la vendieron. Durante dos días la tempestad no le permitió salir y en aquel breve espacio de tiempo le pareció a él que vivía toda una existencia de felicidad. Cuando con caballerosidad medieval la acompañó a su casa, tuvo la sensación de que con ella se iba su vida entera, pero cayó la locura que trastornaba su cabeza, y conquistó el ideal que había de vivir siempre en el fondo de su pecho; caro lo había pagado, su corazón era la moneda. Pasaron los años y el amor a la fugaz viajera siguió siempre alimentan-

EL MAS FUERTE

pulimentándolas despnes con una gamuza seca.

Para los niños.— Las medicinas más malas de tomar se pueden administrar a los niños dándoles antes un poco de alumbre o un poco de cáscara de naranja.

El limón.—Unas cuantas gotas de zumo de limón en el agua de lavarse la cara quita la grasa y deja la piel fresca y suave, blanqueándola al mismo tiempo. Frotándose las mejillas con zumo de limón al acostarse y dejándolas secarse por sí solas se quita el atezamiento producido por el sol.

Para las habitaciones.—Un buen sistema para conservar fresco y ligeramente perfumado el ambiente de una habitación consiste en poner en sitio poco visible un tarro con unos cristales de amoníaco; sobre éstos se vierte un poco de agua de Colonia. La mezcla despiden un aroma agradable y apenas perceptible.

NOCHE DE REYES

Bajo mi balcón pasa la ilusión vestida de nieve, pasa rauda, breve, pasa la ilusión fugaz, alocada, tiene la mirada tan fascinadora que evoca a la aurora de un día de Mayo, y brilla cual rayo en mi corazón... Pasa la ilusión ilusión querida, mi sueño, mi vida, detente un instante! y dile a mi amante que ya mis chapines, como dos jazmines, puse en mi balcón. ¡Díselo, Ilusión! Dentro el zapatito, sedeno y chiquito, pido un beso de él, como un cascabel de valioso oro; este es el tesoro de oro de ley, pedido a mi Rey.

LISETTE



Sombrero de fieltro rojo con la ropa muy poco profunda. Filtro verde, adornado con una pluma de faisán. Filtro negro que está adornado con plumas verdes y blancas.

PARATI

La rosa más galana de mi huerto yo guardo para tí, niña hechicera, la que al llegar la tibia Primavera, el sol besó su cáliz entreabierto. El Arranqué del tallo, y ya se ha muerto, la ví empalidecer como la cera, quise darle calor y que viviera, más secóse cual fuente en el desierto. ¡No importa! Aunque perdió color y aroma conserva intacta su ideal pureza, ay en las hojas de un libro cual paloma que en el vuelo abatió su ligereza; espera que la tomes en tu mano, y volverá a un vivir fresco y lozano...

ANTONIO VALERO Y ALUFRE.

PENSAMIENTOS

—En los tremendos golpes que brutalmente nos asesta la Vida, no es lo peor el golpe mismo, sino sus consecuencias. —Si la hipocresía no existiera en el mundo, tendríamos la mitad del camino andado para la felicidad. Necesitaríamos el doble de vida de la que tenemos para poder comprender la complicada máquina de nuestras sensaciones. —El silencio es el padre del heroísmo anónimo. —Todo puede ser, en algunas ocasiones, sinónimo de nada.

la llamita de ilusión que la ausencia y la soledad no pudieron extinguir.

De pronto, un quejido del extenuado viajero, que se agitaba en sueños, lo saca de su abstracción, y cuando lo mira se hace más poderoso el recuerdo, como si las facciones juveniles del salvado se esfumasen bajo el poder de una alucinación.

Al día siguiente, cuando a instancias del muchacho lo acompañó a casa de su padre, supo porqué su sonrisa de agradecimiento le parecía eco de otra muy amada. Al cruzar el umbral de aquella casa, que otra vez visitara, sus ojos se clavaron en un retrato que parecía darle la bienvenida.

Sin saberlo, había salvado al hijo de su amada imposible que había abandonado la tierra sin saber el amor sin esperanza que inspiró a aquel poeta que jamás rimó otras estrofas que las sin palabras que brotaban de su caramillo como nostálgicos ecos de adiós.

CONCHA DE SAN ROMÁN

DE COCINA

SOPA A LA CHANTILLY

Poner a la lumbre una regular cantidad de guisantes en agua fría, añadir un ramito de perejil, una cebolla y un poco de sal, cuando estén completamente cocidos escurrir y pasar por tamiz. Colocar el puré en una cacerola y aclararlo con caldo maggi. Agregar una buena porción de mantequilla, verterlo en la sopera y servirlo con trusquitos de pan frito.

POLLO A LA VENECIANA

Después de desplumarlo y vaciarlo córtese en trozos bastante grandes, en seguida póngase al fuego en una cacerola con manteca, vino jerez, caldo, un ramito de perejil, sal y pimienta dejándolo que cueza lentamente. Cuando esté en su punto trasládese a un plato que resista al fuego, cubriéndolo con manteca un poco de caldo y una buena porción de queso rallado. Colóquese a lumbre moderada y en cuanto tome calor y se haya reducido la salsa, sírvase.

EN EL TOCADOR

Si desea combatir la piel floja y rugosa, pase un algodón con la siguiente mezcla, después de lavar el rostro con agua tibia. Leche fresca, 1 cucharada. Jugo de limón, 1 id. Agua de Colonia, 1 id. Deje secar y espolvoree con polvos de almidón. Es frecuente, la sequedad y arrugamiento de los labios, especialmente en invierno. Conseguiría darles suavidad y tersura acudiendo a esta mezcla: Espermeceti, 5 gramos. Cera amarilla, 35 id. Aceite de almendras, 60 id. Esencia de bergamota, 0'5 id.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(25)

—Hace mucho tiempo que deseaba conocerle, Conde... El recibimiento me confortó de tal suerte que en uno de esos cambios locos de mi carácter versátil, olvidé la aversión que la tenía y me llegué a sentir galante y cortés con ella. —Sea usted bien venida a Fenollar, señorita, —la dije tendiéndole la mano. —Hace mucho tiempo que los buenos amigos que supo usted conquistarse en sus anteriores estancias en este castillo, suspiraban por su vuelta. Les felicitó y me felicitó también por su regreso deseando que la alegría de su juventud nos traiga a todos, y a mí más que a otros porque de ella estoy más necesitado, una ráfaga de vida y de dicha... No me contestó con palabras frías e insubstanciales, sino que tuvo el buen acierto de contestar con un leve movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa que me encantó. Iba a continuar mi apenas comenzada conversación, cuando sonó el tercer toque para la comida y entraron todos.

edad, ni mucho menos de piedad o desdén.

—Hace mucho tiempo que deseaba conocerle, Conde...

El recibimiento me confortó de tal suerte que en uno de esos cambios locos de mi carácter versátil, olvidé la aversión que la tenía y me llegué a sentir galante y cortés con ella.

—Sea usted bien venida a Fenollar, señorita, —la dije tendiéndole la mano.

—Hace mucho tiempo que los buenos amigos que supo usted conquistarse en sus anteriores estancias en este castillo, suspiraban por su vuelta. Les felicitó y me felicitó también por su regreso deseando que la alegría de su juventud nos traiga a todos, y a mí más que a otros porque de ella estoy más necesitado, una ráfaga de vida y de dicha...

No me contestó con palabras frías e insubstanciales, sino que tuvo el buen acierto de contestar con un leve movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa que me encantó. Iba a continuar mi apenas comenzada conversación, cuando sonó el tercer toque para la comida y entraron todos.

Comencé a repartir saludos y a aguantar charlas enfadosas...

Entretanto, mi madre se acercó a Gloria y le habló bajito, desapareciendo la segunda sin duda para cumplir o transmitir alguna orden, mientras los invitados, del brazo, pasaban al comedor. Distráido, mirando un grabado de una revista inglesa, no me di cuenta de que me había quedado solo. Me disponía a entrar en el comedor cuando, algo mareado por la tensión en que había permanecido mientras inclinado sobre una mesita examinaba el grabado, vacilé al levantarme. Sentí, como un vahido y me detuve sin atreverme a dar un paso hasta no recobrar el equilibrio... No había notado que Gloria acababa de entrar y estaba delante de mí contemplando mi entorpecimiento; quien sabe si riéndose de él para sí misma... Con todo, supo disimular tan bien lo que sintiera, que no pude advertir en ella el menor síntoma de compasión a la vista de mi debilidad. Al contrario, sonriendo lealmente se acercó a mí y presentándose con una gracia exquisita el brazo que yo adivinaba mórvido y perfecto bajo la manga ajustada, dijo alegremente:

—¡Nos han dejado los últimos! No importa; apóyese en mí y entraremos juntos en el comedor.

Yo no sé qué demonio se apoderó de mí en aquel instante maldito y me surgió el pensamiento odioso... Entrar yo de su brazo en el comedor apoyado en ella como un viejo inútil? El temor al ridículo se apoderó de mi ánimo de tal modo que perdí toda corrección y, bajo su influjo, ofendí cruelmente a aquel corazón sencillo que se ofrecía al mío con el anhelo dulcísimo de una santa amistad, de un fraternal consuelo... Y así, a su oíble frase contesté irónico, mordaz, con palabras odiosas.

—Todavía no estoy tan enfermo que necesite el apoyo de nadie... Aun puedo ir solo... Más adelante si empeoro, ya tendrá usted ocasión de ejercer esa hermosa misión de Hermana de la Caridad. ¡Qué atroces palabras...! Las escribo y me sonrío de vergüenza. Aún no había terminado de pronunciarlas cuando estaba ya arrepentido de ellas, profundamente arrepentido. La hermosa cara de virgen italiana se alzó hasta mí... Tenía los ojos hinchados de lágrimas contenidas y la boca plegada con un gesto de doliente amargura... En la mirada franca, candorosa, se leía un reproche energético, como un grito violento de justa protesta. Me miró asombrada un instante, y después, ¡oh grandeza del alma de mujer, alma de madre!, dominándose por un esfuerzo de su voluntad, sonó la voz cálida y firme muy serena, muy humilde, con adorable inflexión.

—Perdone usted, Conde. No ha sido mi intención molestarle... pero si usted no necesita mi brazo, de lo cual me congratulo, yo sí que aceptaré el suyo, si quiere usted ofrecérmelo. Me sentí enrojecer hasta el escarlatina. Suerte grande que el salón estaba casi a oscuras y ella no pudo ver mi turbación. Sin hallar en mi garganta un sonido; ni en mi cerebro una frase, le di el brazo y entramos en el comedor, bajo la mirada de mago de Ardieta, a quien nada se ocultaba.

Durante la comida sus ojos la besaban con una caricia incesante y extática y de tal modo me azoraba el sentir sobre mí y sobre ella la mirada naz de ese hombre, que continué torpe y mudo durante la velada sirviendo